

## TRAÉ ALFAJORES

### EPISODIO 98: Espacio Personal en Argentina

Hola muy buenas, acá Matías. Bienvenidos a Traé Alfajores — Argentina para no argentinos. En cada episodio nos metemos en temas que nos definen y representan como país, para descubrir qué hay realmente detrás de la palabra “Argentina”.

Pueden encontrar la transcripción gratuita de todos los episodios y también información sobre clases y otros recursos en [www.ventureoutspanish.com](http://www.ventureoutspanish.com)

Empezamos.

Episodio 98 de Traé Alfajores. Hoy hablamos del espacio personal en Argentina, un tema que da mucha tela para cortar, o sea, da mucho para hablar.

Cuando decimos “espacio personal” nos referimos a cuánto respetamos el espacio del otro. Parece algo simple, pero en realidad dice mucho de una cultura: hasta dónde puede acercarse alguien en una conversación, cuánto ruido puede hacer alguien sin invadir tu tranquilidad, cómo convivimos en espacios públicos y otras cosas por el estilo.

No es algo que se pueda medir con precisión científica, aunque no estaría mal. Hoy lo que nos interesa en el episodio de hoy es ver cómo se vive esto en Argentina, en el día a día.

Empecemos por lo más evidente, quizás: la distancia física cuando hablamos con alguien. Lo que se suele llamar “la burbuja personal”. En algunos países esa burbuja es bastante grande, se extiende bastante: si alguien que recién conocés se acerca demasiado, puede resultar incómodo, invasivo, casi como una falta de respeto.

En Argentina, en cambio, tenemos fama de acortar esa distancia. Hablamos más cerca, gesticulamos más, y a veces usamos el cuerpo para reforzar lo que estamos diciendo: una mano en el brazo, un beso o un abrazo al saludar.

Para alguien de afuera, eso puede sentirse como una entrada demasiado rápida en su espacio privado. Pero para la mayoría de los argentinos no tiene en absoluto una carga negativa; al contrario, suele asociarse con nuestra forma de comunicación.

En ese sentido, pienso también en la forma de saludarnos con un beso en la mejilla, que sorprende a muchos. Y si bien es un poco singular, no somos los únicos: hace muchos años estuve en Bélgica y me saludaban con tres besos, así que tampoco sé qué pensar sobre esto.

Obvio que hay límites. Si alguien se acerca demasiado, eso también se percibe como extraño o directamente invasivo. Pero, en términos generales, la tolerancia a la proximidad física es mayor que en otros lugares.

Y de hecho esa proximidad no es solo física: también aparece en la conversación.

Hay estudios sobre conversación que muestran algo fascinante: entre el final del turno de una persona y el comienzo del turno de otra suelen pasar apenas unos 200 milisegundos. O sea, casi nada. Por eso, conversar no es simplemente hablar y esperar, sino también anticipar, leer al otro, y entender cuándo va a terminar lo que está diciendo.

Y ahí también aparece el espacio personal. Porque, así como podemos hablar más cerca, también podemos preguntar más, opinar más, interrumpir más, hablar encima sin que necesariamente se viva como agresión.

La burbuja personal, en Argentina, no siempre termina en el cuerpo, podríamos decir: incluye la información, la privacidad de cada uno y los temas de conversación.

Un escenario donde la idea de espacio personal casi desaparece es en el transporte público. En un colectivo en hora pico, en el subte, en el tren, las reglas cambian. Podríamos decir que la “burbuja” explota.

Hay empujones, cuerpos apretujados, roces. Y, como si eso fuera poco, no es poco común que alguien escuchando música sin auriculares obligue al resto a escuchar su música.

El que sube a un transporte en Buenos Aires sabe que tiene que resignar buena parte de su espacio personal.

Pero no todo son malas noticias. Incluso en esos momentos donde el espacio físico casi desaparece, siguen existiendo códigos. Todavía es común ceder el asiento a embarazadas, a personas mayores, a personas con niños pequeños. Todavía alguien te puede sostener la puerta o hacer lugar para que entres o salgas del transporte o de un edificio.

Y esto me parece importante porque muestra el otro lado de la cercanía argentina. Esa misma falta de distancia que a veces puede sentirse un poco incómoda también puede ser una forma de disponibilidad. En Argentina, muchas veces alguien se puede meter en una conversación de la que no es parte, pero para ayudar, o con buena intención.

La frontera es más porosa, para esa parte incómoda y también para esta parte más amable.

Pequeña pausa para pedirte que califiques el podcast en la plataforma donde lo estás escuchando ahora. Voy a hacer 10 segundos de silencio, que es lo que lleva calificar el podcast.

Muchas gracias a quienes lo hicieron.

Claro que esa frontera porosa también tiene su lado difícil. Ahí aparece el ruido como un gran tema. En Argentina, hacer ruido no se percibe automáticamente como invadir al otro. Y cuando digo ruido me refiero a un perro que ladra durante horas porque lo dejaron solo, un vecino que pone música fuerte y vive en un departamento, una moto con el escape abierto, una obra en construcción que empieza demasiado temprano, una fiesta que se estira hasta las seis de la mañana.

Yo no sé si se tolera más, pero sí estoy convencido de que sucede más acá que en otros países, como si siempre estuviéramos poniendo a prueba la tolerancia del otro.

Y cuando la paciencia se agota, la reacción también puede ser fuerte. Ahí, para marcar límites, hay diferentes opciones e intensidades: se golpea la pared, se llama a la policía, se termina en una pelea vecinal que puede tener malas palabras, golpes, dependiendo de la intensidad.

Y hablando de esto, siento que cuando sos un urbanita es fácil idealizar la vida en el interior del país, pero —puedo hablar desde mi experiencia— la situación no es demasiado diferente. Obviamente, el tema del transporte cambia mucho, no existe eso de la misma manera que en una ciudad.

Cuando vine a vivir a las sierras de Córdoba pensé que iba a evitar todo eso, pero me di cuenta de que el silencio no está garantizado en ninguna parte. Si no son los perros de un vecino, es alguien cortando leña, cortando el pasto, trabajando en el fondo de su casa en un horario que no es adecuado...

Y una diferencia interesante más es que en una ciudad grande tenés menos espacio físico, pero sos más anónimo. En un pueblo o en una ciudad chica, ganás en espacio, pero tenés menos anonimato. Todos saben quién es quién.

Hablaba recién del transporte, pero tal vez esto se conecta un poco con la calle, en realidad. Porque la calle, como hablamos en el episodio de manejar en Argentina, es un lugar en el que estamos negociando todo el tiempo nuestro espacio.

Para cerrar, creo que el espacio personal en Argentina no es un concepto rígido, es más bien fluido, depende del contexto, y lo interesante es que todo esto habla de nuestra forma de ser.

Somos un país que valora la cercanía, pero somos también un país donde los límites se ponen a prueba constantemente, y la convivencia se negocia en tiempo real.

Gracias por escuchar otro episodio de Traé Alfajores.

Si te gusta el podcast y querés apoyarlo, la forma es Buy Me a Coffee, con el link que vas a encontrar en la descripción.

También les recuerdo que ya está disponible mi guía “Español Rioplatense, a fondo”, una guía que presenta el español rioplatense con lujo de detalle. Pueden conseguirla con un descuento exclusivo por ser oyentes del podcast usando el código de descuento que dejo en la descripción.

Nos encontramos la próxima.

Que sigan muy bien.

Un abrazo.